Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

II Semana de Pascua

Sábado

Salmo 88

Proclamaré sin cesar las maravillas del Señor. En estas palabras está el secreto de la verdadera felicidad de las personas y de los pueblos: creer y proclamar que el Señor ha hecho maravillas para nosotros y que su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Este convencimiento es la fuerza que anima a los hombres y mujeres que, aun a costa de sacrificios, se entregan desinteresadamente al servicio de los demás.

En efecto, llenos del Espíritu Santo, los Apóstoles comienzan a proclamar "las maravillas de Dios" (Hch 2,11) y Pedro declara que esta efusión del Espíritu es el signo de los tiempos mesiánicos (cf Hch 2, 17-18). Los que creyeron en la predicación apostólica y se hicieron bautizar, recibieron a su vez el don del Espíritu Santo (cf Hch 2,38).

Toda la historia de la salvación se presenta a los hombres para manifestarles las maravillas de Dios y también para animarlos a acoger la continua invitación de Dios a traducir la realidad de la gracia en su vida diaria. Es así como el hombre se descubre querido y amado por Dios, y por eso lo llama a una unión cada vez más íntima con él. Por otra parte, se siente impulsado a responder en la oración, con humildad, a la voz de la llamada, emprendiendo el camino de la santidad.

La Iglesia ha contemplado con gratitud y asombro las maravillas realizadas por el Señor en María, la Mujer a la que el pueblo cristiano aclama con las palabras de la antigua antífona: "Toda hermosa eres, María; no hay en ti mancha del pecado original"; y hoy nosotros contemplando a nuestra madre también hemos cantado: *Proclamaré sin cesar las maravillas del Señor.*

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)